

# LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertéense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Precios de suscripción

Trimestre, pago adelantado. . . . .	1'50 ptas
Número suelto. . . . .	0'15 "
Número atrasado. . . . .	0'20 "

## LA ESCLAVITUD EN EL REINO ANIMAL

(Continuación)

En el nido la ocupación de las esclavas negro-cenicientas son múltiples: correspondenles cuidar convenientemente á las ninfas, las hembras, los varones; buscan provisiones para este pueblo joven; transportan los huérfanos desde un lado del hormiguero al otro; los crían, levantan su habitación, excavan según las necesidades nuevas galerías, guardando además el exterior del nido. Llevan, pues, una existencia de las más atareadas. Entre tanto pavoneáanse las amazonas en medio de una noble ociosidad esperando la ocasión de desplegar su valor. En compensación son más necias que sus auxiliares. Si les desagregan el nido, pierden pronto la cabeza las guerreras y no saben hacia donde dirigirse, pero las esclavas de sentidos más despejados, van en su ayuda, las dirigen, les abren, si es necesario un camino, servicio que las amazonas agradecen acariciando con sus antenas á sus fieles esclavas. Estas hormigas amazonas de tal manera se han especializado en su función guerrera que han acabado por deshabitúarse de los actos más sencillos y aún de los más necesarios en la vida. Cuéntase que durante la Edad Media, se engreían los nobles de no saber firmar, dada su «cualidad de gentilhombre.» Han ido por este lado mucho más lejos las hormigas amazonas; nunca pueden comer solas, y jamás gustan de la miel ni de los frutos que están á su alcance. Cuando tienen hambre, tontamente se aproximan á sus auxiliares, y éstas complacientes meten en la boca el jugo de los pulgones que, en sus excursiones, tuvieron cuidado de traerse. En experiencia bien sabida realizada por P. Huber, las hormigas amazonas colocadas en caja de vidrio, sobre una capa de tierra, con

ninfas y miel, déjense morir pasivamente de hambre sin notárseles el más pequeño intento de trabajar ni de comer, hasta el instante que introducida por el experimentador una negro-cenicienta, ésta la puso todo en orden, construyó con la tierra una casa para las larvas, desarrolló varias y con el cebo salvó á las amazonas supervivientes.

Un experimento semejante de Lespés dió parecidos resultados que los de Huber. Próximo á un nido de amazonas colocó un pedazo de azúcar mojado. Pronto negro-cenicientas, salidas del hormiguero, aprovecharon la ganga y se pusieron á gustar de aquel jarabe caído del cielo. Al contrario en las amazonas. Llegadas allí por casualidad, no supieron sino dar vueltas alrededor del azúcar, á pesar del afán que sentían para descantillarlo. Por último, decidiéronse tirándoles de las patas de las negro-cenicientas á recordarles su deber. Lo comprendieron éstas al momento, obedecieron, y cebaron á sus dueñas.

Si de este modo rehusa la amazona trabajar y aun comer sin ayuda, no es por puro orgullo aristocrático. Como en las nuestras, hay en las sociedades de hormigas una justicia inmanente, y á veces viene la pena por donde se ha pecado. Entre nosotros los casos de degeneración, de regresión física y moral no son raras en nuestras clases ociosas y parásitas: la atrofia castiga la inacción. En las hormigas, cuya vida individual es muy corta y por esto sucedense con gran rapidez las generaciones, la degeneración ó, si se quiere, la adaptación tiene un hábito muy especial, y ha modificado hasta la configuración de los órganos. Dándose exclusivamente á la matanza guerrera, se ha convertido orgánicamente la amazona en inepta para ninguna otra ocupación. En efecto, han variado de forma sus mandíbulas; en lugar de estar dispuestas en líneas de dentellones, en instrumento de aprehensión, como en las hormigas comunes, son más largas, estrechas, fuertes y sobresalen en forma de tenazas puntiagudas, muy propio

para transpasar cabezas y cerebros, pero mal conformado para coger y trabajar: el atil se ha convertido en arma. Al propio tiempo se ha producido una degeneración intelectual; por lo que á la inteligencia se refiere, son las amazonas muy inferiores á sus esclavas. Si en uno de sus hormigueros mixtos, llega el nido á ser insuficiente por el exceso de población, sólo las negro-cenicientas deciden de la oportunidad de una emigración, y llegado el caso, son ellas las que se llevan, con sus mandíbulas, á sus dueñas cuyo volumen es doble del suyo. Nunca van las amazonas en busca de pulgones; jamás realizan trabajo alguno ni jamás se exponen á la lluvia, que al contrario no interrumpe las ocupaciones de las negro-cenicientas. Son ante todo dadas á la vida de familia, y por ellas, no tiene atractivo alguno el ejercicio de las armas.

Las hormigas de otra especie, la *f. rufibar-dis*, reducidas asimismo á la esclavitud voluntariamente combaten, al ser atacada la común habitación, al lado de sus dueñas; pero las negro-cenicientas (*f. fusca*) raramente toman parte en el combate; se contentan con prevenir á sus dueñas para volver á la lucha. No sin mortificación alguna, en su juventud, acaban por acostumbrarse á las cazas de esclavos de las amazonas, y en principio, se esfuerzan en hacerlas variar de intento. Poquito á poco, sin embargo, se dejan dominar por estas costumbres merodeadoras, y aprueban las razias de ninfas, hasta recibir muy mal á sus dueñas cuando éstas vuelven de una expedición con las mandíbulas vacías.

Con el tiempo las negro-cenicientas llegan á sentir por las amazonas de su nido uno de esos afectos que nosotros llamamos caninos porque son en la humanidad excesivamente raros. Con un celo infatigable se encargan de todos los trabajos interiores; además de cebar á las amazonas ejercen sobre las mismas una especie de tutela. Por otra parte, estos guerreros con temperamento sobre todo impulsivo, déjense llevar alguna vez, cuando han debido combatir por mucho tiempo, por accesos de ciego furor; entonces, como no son dueños de sí, véseles morder al azar á las ninfas, á las larvas, hasta pedazos de madera. En estos instantes de verdadera locura, las amazonas ni aun saben guiarse en su propio hormiguero; pero las rodean las esclavas, las calman, las hacen volver en sí, delicado cuidado y sin embargo no sin peligro, pues Forel ha observado como éstas furiosas mataban á las esclavas que se esforzaban para apaciguarlas. Abandónanse las amazonas de buena gana á la realización de esas brutalida-

des. Del mismo modo ha visto Huber una de ellas reprendida por una esclava por no haber traído larva ninguna, encolerizarse y atravesar con sus terribles tenazas la cabeza de ella impertinente. Por desinteresadas que sean las hormigas negro-cenicientas, por acostumbradas que estén en mirar á sus raptoras como amigas un poco nerviosas, por ocupadas que se vean en los trabajos interiores de la ciudad, por la albañilería, por el cuidado de las ninfas tanto de sus especies como de las amazonas, y en fin, por serviciales que se muestren en prevenir las necesidades de sus dueñas, no obstante, alguna vez acaban por perder la paciencia y aún se sublevan contra la sinrazón de sus superiores. Estas pequeñas guerras serviles acostumbran á estallar durante las grandes y duraderas sequías. En efecto, entonces, como aristócratas é idiotas que son, no piensan las amazonas en ser razonables; exasperan á sus esclavas pidiéndolas de beber más á menudo de lo que conviene, y éstas acaban por irritarse y se lanzan á movimientos revolucionarios.

Pero son raras estas discordias: en el hormiguero mixto lo regular es la sumisión absoluta. Con todo esto, estas esclavas voluntarias han sido recogidas de todas partes, en diferentes nidos, y pertenecen á una especie que es enemiga hereditaria de las amazonas. La única educación dada, es verdad, por criadoras de su especie, pero dichas en la esclavitud, ha bastado para metamorfosear enteramente los sentimientos de las jóvenes y que consideraran como amigas las adversarias nacidas de su propio tipo. El hecho es curioso para ser recordado; pueden sacar provecho del mismo nuestras educaciones humanas.

Las hormigas rojizas, las amazonas, de las cuales acabo de hablar, no son las únicas hormigas esclavistas. En Europa se conocen de dos otras especies: la *hormiga Srongilognathus* y la *hormiga sanguinea*. Esta última, muy inteligente, aunque mirmecófaga es muy capaz de modificar su género de vida según las circunstancias, como hace el hombre. La *hormiga sanguinea*, no es al igual de la rojiza, dominada por sus esclavas; puede prescindir de las mismas, trabajar ella misma, comer sin su ayuda; por eso alguno de estos nidos no contienen esclavos (Forel). Sin duda es la esclavitud en ellas la institución más reciente, y, en efecto, todavía no ha modificado entre las guerreras, las mandíbulas. La hormiga sanguínea sostiene concurrencia con las amazonas y siempre es en perjuicio de las negro-cenicientas. Afirmaba hablando de los hom-

bres Aristóteles que determinados habían nacidos para ser esclavos; parece que así debe ser para las hormigas negro-cenicientas, comparables en esto á las razas negras del género humano.

(Continuará.)

## DON QUIJOTE

Como todas las obras geniales, hoy todavía, es objeto esta obra de diversas interpretaciones; abárcalas todas y ninguna agota la materia. Hay, para mí, en la concepción de este pobre hidalgo de la Mancha que, se debe tener presente, los sueños de gloria y de desinterés han llevado á la locura, una especie de desdoble melancólico del propio autor. También este soñó con la gloria y la fortuna. Maltrecho en Lepanto, honrado con una carta de felicitación de Don Juan de Austria, presentóse ante sus ojos admirados la más brillante de las carreras. El despertar fué terrible: de momento, un cautiverio de seis años, entre moros y el más terrible que imaginarse pueda; la libertad conquistada á expensas de la ruina de sus allegados, más dolorosa cada día la pobreza, cada día en aumento las cargas de familia, la indiferencia del público que á sus talentudas piezas prefiere los dramas libres y desordenados de Lope de Vega y Calderón, el cual lo acoge con frialdad y llega á confundirle con el continuador de su obra, autor audaz y sin mérito positivo. He aquí lo que no se debe olvidar al leer la obra de Cervantes.

En el fondo nada menos cómico que la locura del caballero de la Mancha. Toma en serio el noble papel atribuido por los noveladores á los paladines de la Edad Media, el amor puro, apasionado, respetuoso para las damas de sus pensamientos, el sacrificarse por los oprimidos, la cruzada contra los opresores. Pretende trasladar en medio de la sociedad del siglo XVI los usos y costumbres de la caballería, enderezar con su espada las sinrazones y las injusticias, convertirse en un enviado de la Providencia. ¿Es esto locura? Seguramente que sí. ¿Pero no había entonces, no existen todavía en el mundo opresiones irritantes, iniquidades que sublevar la conciencia? ¿Y los que sueñan con acabar con lo mismo son almas de pocos alcances? Aquí está la base firme, lo muy elevado de la obra.

Porque en cuanto á la ejecución, desde el principio al fin es sencillamente admirable. Todo el mundo conoce aquel altivo caballero, alto, delgado, seco, de hundidas mejillas, de aguileña nariz, temible y candoroso á la vez, que como absorto en la contemplación de sus quimeras; apenas si distingue el mundo de la realidad: y todo esto cubierto con una armadura del siglo XIV y montado en el célebre Rocinante. A su lado y con un jumento va su antítesis viviente el grueso, el gordo, el pesado Sancho Panza, otro tipo inmortal.

Las fantasías heroicas de su amo con dificultad las toma en serio; se apone su gran dosis de sentido común; las realidades de la vida que no sabe comprender Don Quijote, son para él evidentes; un caudal de proverbios de una sabiduría popular y ordinaria escapan de sus labios. Pero ¿y qué? La intrépida confianza de su amo lo seduce, por estimación al mismo se sacrifica á los puñetazos seguros, y molido, se levanta furioso por ser antes de su parte la razón y haber sido tratado como si fuera suya la culpa, y vuelve á montar en su asno movido por algún noble pensamiento de Don Quijote y por la radiante perspectiva de la hermosa insula que le tiene prometido gobernar. Pues este tipo del sentido común, alimenta también su quimera, proporcionada á sus alcances, vulgar, interesada. ¡Cuántos matices de una delicadeza perfecta, refundidos armoniosamente en la pintura de estos dos tipos! ¡Qué proporción mejor observada! No es Don Quijote del todo loco, ni Sancho siempre razonable. ¿No son los molinos de viento gigantes que guardan en el cautiverio más duro, víctimas inocentes; pero que es, pues, sino ese castillo pendiente de una colina, desde dónde el hidalgo lo acecha á los viandantes, cae sobre los mismos y los desbalija? La quimera se confunde con la realidad. No vayamos hasta exponernos á violentar el sentido de las interpretaciones, ya que la obra no tiene necesidad de comentarios: en sí misma está su belleza y su vida.

PABLO ALBERT.

## A DON QUIJOTE

### SONETO

Alto, seco, rugoso, amojamado,  
como en miseria y lobreguez parido,  
aquí por recias aspás sacudido,  
allá con rudos golpes magullado.

De andariega hermosura desdeñado,  
y de punta de amor muy mal ferido,  
coces, piedras y estacas te han molido.  
lloviendo sobre tí como un nublado.

No es de extrañar aun cuando á algunos asom-  
[bre  
si larga prole que al contar me pierdo  
heredera dejaste de tu nombre.

Que á medias sabio, como á medias lerdo,  
tú eres la lucha que mantiene el hombre  
obrando loco y razonando cuerdo.

EMILIO FERRARI.

## I TRIST RECORT!

A mon venbolgut amich en Josep Collsemata

*Inspirat am lo pensament d' una poeie de l'  
Ignaci Iglesias titulada «Amor Etern».*

### I

Corria l' any de 1903. Ens trovabem en un  
petit poblet que banye llurs peus en lo Medi-  
terrà.

Ere une hermoste matnade de primavere  
que encantave sentir dirigir les notes alegres  
de 'ls simpátichs rossinyols, saludant riallers  
al astre sol, qu' aixecaba llurs raigs de dau-  
rade llum per sobre la plane superficie del  
mar.

Junt amb uns quants amichs, devallavem  
lo puig ahont estabe assentat lo poble, ento-  
nant gayes cançons d' amor.

Entrarem en la espesa rourede, ahont les  
aucelletes anaven saltironant de branque en  
branque y entonaven també com nostres cors,  
alegroyes y festives cantarelles.

Ens assentarem á la font d' aigue que fres-  
que y cristalline que hi havia al peu d' un rou-  
re centenari y ahont cada jorn soliem trova-  
rhi gaye nine, hermoste com un serafi, de ro-  
ssos cabells com fils d' or, y d' uns ulls d' une  
brillantó com lo sol que 'ns il-lumine; eran  
llurs llabis d' un carmi pur, la cual mostrand-  
nos son cantiret, 'ns oferie d' aquelle aygue  
fresquete com lo gél, essent lo primer en Pe-  
pet á qui la gaye nine 's dirigie per oferir lo  
canti.

Al entregarli ab llurs mans, blanques com  
la neu, l' hi pregave que begués, amb un tó  
tan dolç y tan suau, tenyintse tot seguit llur  
rostre d' un rubor que la feye mes hermoste  
y al depedirse se donaren un dolç jadeu! d'  
amor.

Va enamorarsen com un foll d' aquelle her-  
moste nine, tan hermoste com una fade. L' hi  
confessá l' amor que dintre llur cor sentie per  
elle, contestantli també afirmativament amb  
un dolç sí, que va omplenarhi 'l cor de ditxe  
y d' alegrie. Boixament l' aymá desde aquell  
die y am tal fal-lere que 'l jorn que no la tro-  
vaba á la font de la rourede 's tornave com  
foll, buscantle per totes parts.

### II

Pro tot te fi en aqueix mon traydor.

Un jorn, jorn de triste recordantse! després  
d' haver passat alguns anys fore del poble,  
va arribar á n' ell: gojós va devallar monta-  
nye avall, mes ja no va sentir cantar la gaye  
aucellete dintre l' espesse rourede, ni va sen-  
tir lo rossinyol reffilar, tot n' era trist pressagi  
de dol, cansat d' esperar-la font va dirigirs  
á la masie, trobant lo jayo plorós que l' hi  
digué:—Corre, fadri, si es que vols veurer t'  
aymia.

Al sentir aixó del vellet, foll de dolor, va  
correr desesperat. Llur cor bategabe forta-  
ment am descompassats colps y al arribar á  
la masie, pujá dalt, trobant tota la familie  
anegada am plors. Vegé á n' elle damunt llur  
llit, erte y blanque com un mármol, va atan-  
sarshi y la trobá frede, feye molts pochs mo-  
ments qu' ere cadáver. La gaye nine havia  
mort d' anyorament.

Llur llit estave ple de flors y am quatre ci-  
ris á llur entorn. Va atansarshi am vere follie  
d' amor, la va estrenyer dintre llurs brassos,  
petonejantle am deliri. No pogué sofrir tan  
forte emoció y va caurer sens sentits.

Are 'l veureu sempre com un foc-follet, es-  
ma perdut en la soletat de la rourede, aprop  
la font ahont solien trobarse cada jorn am  
llur aymie, sempre solt am llurs recorts y á  
voltes aixugantse algunas llágrimes que l' hi  
escalden las galtes, recordant aquells jorns  
de benhauranse, passats al costat de gaye  
nine.

Respectém llur dolor!

JOAN JOFRE AVELLÍ.

Sant Feliu de Guixols, Maig 1905.

## PÁGINAS

A UNA ÁNIMA FUGITIVA

*L' Enriqueta sempre es la nena per mes que  
no li plau qu' aixís sos pares l' anomenin. Es la*

*vena transformada ja en dona, ab sas faccions de remarcable bellesa mes no d' eixa bellesa exuberant de vida que 's fa desitjar.*

*Ella es la nena d' esborradisos contorns de somniadora mirada qu' a voltas sembla l' afirmacio d' una esperanca, sa palidesa contrasta ab la ficticia vida que denuncian sos llavis de purpra quelcóm esblanqueida. Sos cabells no 'n son d' ondulats, d' un negre sedós semblant a la suavitat d' un fosch indefinit. Son posat té quelcóm d' asemblansa ab el desengany d' una il·lusió incomprensiva; y son tot escorcollat es el de la fada de la melangia. El somris de las animas plascévolas sols per esperit de complascencia el trasllada a sa divinal boca, empró ab recansa que fa present en sas conversas poch agradosas per molts, donç en ellas hi trasllueix s' anima transparenta.*

*Aquella dona que fa sa via ab el presentiment d' un pervindre en el mon de las rectificacions de vera vida, cade jorn s' allunya mes d' aqueixa hont l' anomenan nena, mentras sas faccions van esfumantse y son esperit fort y recte refuig de son aspecte de verge de cera.*

S. BAVÍ BRACÓNS.

## LA LEYENDA DEL ZAR ALEJANDRO I

(De J. Caron)

Durante el invierno de 1892 recorría yo la vertiente del Ural, de Ufa á Ekaterinenbourg.

Atravesábamos la desnuda estepa barrida por los grandes vientos del Este, cuando, una noche, el termómetro mantenido hasta entonces entre los 30 y 40 grados bajo cero brusca-mente bajó á los 15 grados. Comenzó á caer una densa nieve y los caballos se desorientaron. Nos fué forzoso detenernos en casa de un estaroste de una aldea vecina.

La habitación común de la isba estaba llena de imágenes y de retratos de emperadores. Una cosa me llamó al momento la atención. En medio de los Romanoff colocados por orden genealógico y pintados de gran gala, entre el retrato de Alejandro I y el del emperador Nicolás, se encontraba un grabado representando un anciano con barba blanca, con la ropa de bayeta, las manos largas y delgadas en las rodillas, con una postura hierática. Al pie del retrato, una pluma no muy práctica habia escrito estas palabras: *Retrato del buen anciano Feodor Kusmitch, zar Alejandro I.*

Pregunté al estaroste.

—El emperador Alejandro—me respondió —para hacer penitencia de los pecados de su pueblo, voluntariamente se desterró en la Siberia con el nombre de Feodor Kusmitch. Muerto de algunos años, recuerdan nuestros padres haberlo visto. Hizo milagros, y cuantos se acercaban al mismo una sola vez han vivido dichosos. Nosotros lo veneramos como un santo.

Algunos días después, en Ekaterinenbourg, varias personas formales me confirmaron esta leyenda, y aun me citaron el nombre de las aldeas donde vivió el zar Alejandro I, el anciano Feodor Kusmitch.

El hecho no es tan inverosímil como parece—me decían.—Además de su extraordinario parecido con Alejandro I, tenía Feodor Kusmitch un conocimiento de las personas y de los asuntos de la corte tan minucioso, que habría sido imposible en un aventurero vulgar; su instrucción y su educación eran absolutamente superiores; varios individuos, debido á su recomendación personal, fueron recibidos por el zar; su hija adoptiva, pobre lugareña de la Siberia, ha tenido dos entrevistas con la emperatriz; parecia en la corte darle mucha importancia; al morir se llevaron los cosacos su cadáver y lo condujeron en lugar ignorado.

Vuelto en Petersburgo picóme la curiosidad para averiguar lo que había de cierto en esta curiosa leyenda. Acababa una revista histórica de publicar las memorias de un pope siberiano que habia conocido al buen anciano Feodor Kusmitch. Estas memorias, dadas por verdaderas bajo la fe del juramento, divulgan los últimos años de la vida del pseudo emperador.

En el año de 1825 fué el zar á visitar la Crimea. La hermosura de la vegetación meridional le admiró tanto que dijo á sus acompañantes: «Si un día abandonase el poder, aquí es donde desearía morir.» Penetró en un monasterio vecino, y, solo, oró durante mucho rato. Pálido, con escalofríos, dominado por una indescriptible emoción, se reunió con su escolta. Sobrevinole una fiebre violenta, y se hizo trasladar á Taganrog. No admitió á su lado sino á la emperatriz Isabel. En la mañana del 1.º de diciembre moría diciendo estas palabras: ¡Qué día tan hermoso!

Esta romántica muerte causó profundo estupor en el pueblo. Pronto los más estrambóticos rumores circularon: «Nadie ha visto al zar en su lecho de muerte... por qué lo han ocultado?... No, nuestro buen padre no ha muerto... han enterrado á otro por él...» Se formó la leyenda, ávidamente aceptada por

las almas cándidas y sencillas de los mujiks. Cansado el zar con los honores y el poder, confió el secreto de su resolución á la emperatriz y á las cuatro ó cinco personas más íntimas. Había rogado que anunciaran oficialmente su muerte, y después, vestido de mujik, se hubiera salido por la noche de palacio. Marchando en línea recta, lo detuvieron, como le convenía, por no llevar pasaporte, en una población próxima, y lo mandaron á Siberia como vagabundo.

Diez años se pasaron y fué creciendo la leyenda sin que un detalle preciso le diera una apariencia de verdad. Por el verano de 1836—y en esta fecha empiezan las memorias del pope siberiano del cual ya hemos hecho mención—en el distrito minero de Krasnoesahaut, provincia de Perm, un hombre de unos sesenta años se detuvo en una herrería para que herraran su caballo. Iba el viajero trajeado como los labriegos acomodados, y era de modales dulces y de hombre bien educado. Pidióle el herrero, según costumbre rusa, su apellido, su estado y el objeto de su viaje; contestó evasivamente. Los recelos del pueblo allí reunido, despertaron las sospechas; y el viajero fué detenido y conducido ante el estaroste.

Al interrogarle, dijo llamarse el labrador Feodor Kusmitch, que ignoraba su parentela y que viajaba por recreo... No llevaba pasaporte. La ley debía cumplirse y fué el viajero arrestado y trasladado á la Siberia, y se le inscribió en la casa del Ayuntamiento.

La dulce expresión de la figura de Feodor Kusmitch, sus elegantes maneras, el modo de expresarse, parecía revelar que descendía de alta alcurnia. Suplicósele que confesara su verdadero origen. Inútil. Recibió veinte golpes de knut y fué deportado al poblado de Serzaly, en la provincia de Tomsk, sin que jamás hubiese querido decir la verdad.

Durante las largas etapas camino de la Siberia, fué ejemplar su conducta. Jamás se escapó de sus labios una queja; evangelizaba á sus camaradas y les exhortaba la resignación. Trabajó durante mucho tiempo en un destilatorio. Todo el mundo lo apreciaba. Los lugareños se lo disputaban como huésped; un cosaco llegó á construirle una isba en las cercanías de la población; pero él prefirió quedarse de entre los más infortunados, con un aldeano llamado Ivanoff, condenado á trabajos forzados, habiéndose impuesto la tarea de volverle al bien.

\* \* \*

En 1847, un rico aldeano acabó por hacerle

aceptar una isba enteramente nueva levantada en medio de la población. Empezó desde esta época, á ser visitado por personas desconocidas en la comarca y que venían de muy lejos. Llegaban por la noche y se volvían por la mañana: nadie pudo verlos. El pueblo cada día más intrigado, creíale un arzobispo; nada, sin embargo, hacía suponer que hubiese estado ordenado. Iba de aldea en aldea, instruyendo en la lectura y escritura á los aldeanos, y enseñándoles un poco de historia sagrada y rusa.

No tenía la habitación que ocupaba otro mueble sino un banco, en el cual dormía, una mesa y dos escabeles. Adornaban las paredes imágenes representando la virgen de Petcherski, en Kiew, y Alejandro Newsky. No podía soportar Feodor Kusmitch la vista de estampas representando escenas del infierno ó pecados mortales. El Evangelio y un librito rotulado «Las siete palabras de Cristo en la cruz» estaban siempre en la mesa. Con puntualidad asistía al servicio divino, pero negó siempre en confesarse.

Feodor Kusmitch abandonó en 1849 la población en la cual desde muchos años habitaba. Partió llevándose sus santos y su Evangelio. Se detuvo en una capilla distante de la población algunas verstas y en los lindes de un bosque, y grabó en el iconostasio la letra A con una corona imperial encima y una paloma volando.

—Concervad esta cifra con más cuidado que vuestros propios ojos—dijo á los aldeanos;—ella os traerá ventura.

Para escapar del pueblo, que como un santo le veneraba, Feodor Kusmitch construyó su nuevo retiro en la soledad de un denso bosque. El arzobispo de Irkustk visitábalo frecuentemente y con él los más altos funcionarios de la provincia.

En 1849, protegido por una especie de poder oculto de los numerosos peligros del viaje, partió para Kiew la niña adoptada. Una de las damas de más rango en la Corte, la condesa Ostensaken, ofrecióle hospitalidad y la presentó al emperador Nicolás. Preguntóla estensamente el emperador sobre Feodor Kusmitch, sobre su salud, sobre su manera de vivir.

Cada vez que el emperador pronunciaba el nombre de Feodor Kusmitch parecía como si se emocionara. Al partir dió el emperador á Feodorovna una carta.

—Cuando vengas á Petersburgo—añadió—ven á palacio, enseñas este escrito y todas las puertas te serán abiertas. Si algo necesitas, dímelo, no te olvidaré jamás.

Volvió á la Siberia María Feodorovna en 1852 y explicó su viaje á Feodor Kusmitch. Antes de preguntarla abrazóla éste durante un buen rato y se quedó algunos momentos como soñando.

—¡Padre—exclamó súbitamente la joven—cuánto te pareces al emperador Alejandro I!

Pronunciar estas palabras y quedarse pálido el anciano fué lo mismo. Con voz embargada por la emoción dijo:

—¿Quién te ha encargado que me dijeras esto?... ¿Por qué lo dices?...

—Nadie—contestó ella.—Lo digo porque es la verdad. He visto en casa del conde Ostensakeu un retrato grande del zar Alejandro I, y tiene tu aspecto, tus maneras, tu talla, todo... hasta los brazos que son iguales á los de él...

Nada contestó el anciano Feodor Kusmitch; pero gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos.

\* \* \*

María Feodorovna hizo en 1857 otro viaje á Rusia. Fué recibida por la emperatriz María Alexandrovna, que la dotó y casó con un oficial, realizando así la predicción de Feodor Kusmitch. Diez años eran pasados cuando volvió á la Siberia. El anciano había muerto.

En los primeros días del año 1864, se encamó el viejo para no levantarse más. Como le preguntase la persona que lo cuidaba por su nombre verdadero, contestó:

—Nunca lo sabrás tú. Dios no quiere que yo hable.

El 20 de junio de 1864 se estaba muriendo.

—Dios te ha bendecido—le decía la multitud—á tu vez bendícenos tú y dínos tu nombre.

—Sólo Dios debe saberlo—respondió el anciano.

Murió á las 3 de la tarde. Poco antes de morir señaló un saquito suspendido encima de su lecho y dijo:

—Aquí está mi secreto.

Después de muerto se abrió el saco, y se halló una imagen de la Virgen con estas palabras como leyenda: «La Virgen dirá quien soy.» Había también cartas cerradas dirigidas al metropolitano Filaret y una cifra secreta.

Un comerciante se encargó de enviar las cartas á su destinatario. Pidió una audiencia al emperador Alejandro II. Se negó éste á la petición, y en la misma noche, individuos de policía se presentaban en su casa, le quitaron á la violencia los papeles y lo encarcelaron en la prisión de Petropavlosk. Era la única manera de que callara.

La cifra tenía escritos los siguientes versículos: «Cristo es un nombre—el espíritu divino del cielo—se encarnó en la humanidad—

él es ungido por el Espíritu Santo—y á causa de esto sin medida alguna—descansa en él—el espíritu de Dios—el espíritu de la sabiduría—el espíritu de la razón—el espíritu del consejo—el espíritu de la fuerza—el espíritu de la ciencia—el espíritu de la piedad—el espíritu del temor de Dios.»

Palabras y cifras extrañas seguían escritas debajo de los versículos. Las iniciales de los prenombrados de Alejandro estaban allí grabadas con grandes caracteres—A. P.—Alejandro Pavlovitch.

Enterraron el cuerpo de Feodor Kusmitch junto á Tomsk. En su tumba, circuida de un enrejado de madera y con cuatro cedros plantados, había una cruz blanca con estas palabras: «Aquí descansan los restos del grande y bendecido anciano Feodor.»

En hermoso día, se presentó un destacamento de cosacos, destruyó la tumba y se llevó los restos del anciano. Dice la leyenda, y con mucho secreto, que los restos de Feodor Kusmitch fueron trasladados á Petersburgo y depositados en la basílica de Pedro y Pablo, en una tumba de mármol blanco, hasta entonces vacía, y en donde se había simulado descansaba el pretendido Alejandro I.

Actualmente, el sitio donde descansaron por algunos días los restos de Feodor Kusmitch es objeto de una peregrinación muy renombrada. Una muchedumbre, de todos los lugares de la Siberia, va allí á orar. Visitáronle antaño los grades duques Vladimiro y Alejo, y se detuvo allí después el zar Nicolás, fundamentando de este modo la verosimilitud de la leyenda.

Después de todo, ¿quién sabe?

TRADUCCIÓN DE V.

## CRÓNICA

Próximamente la compañía de aficionados dará una representación del celebrado drama *Clarís* en el teatro de *La Alhambra*.

Parece que tomará parte en la misma, una aplaudida actriz que últimamente se ha hecho aplaudir en el teatro de la calle de la Palma.



El amigo D. Dionisio Puig, ha publicado un opúsculo en una Biblioteca patrocinada por el Instituto de San Isidro. Trata de cuestiones de meteorología, fruto de sus estudios en dicha ciencia, y del cual pensamos ocuparnos oportunamente.



Bajo la dirección de dos reputados profesores de esta villa, trátase de organizar una orquesta para dar conciertos en varios locales de esta villa.

Imp. de F. Cucarella, Corró, 9.—Granollers.

# ANUNCIOS

## PARA VENDER

hay una bodega con todos sus accesorios incluso el vino en existencia. Da para vivir dos personas. Pueblo vecino á ésta.

Informes en la Imprenta de este periódico.

**MANUALES \* SOLER**

**BIBLIOTECA ÚTIL Y ECONÓMICA DE  
CONOCIMIENTOS ENCICLOPÉDICOS**

**Ciencias - Artes - Oficios y Aplicaciones prácticas**

**VENTAS A PLAZOS Y AL CONTADO  
EN LA IMPRENTA DE ESTE PERIÓDICO**

**REGALO de una ÉTAGÈRE á los compradores y coleccionistas.**

**LA MODERNA**

**ZAPATERÍA**

DE

**JOSE GASANOVAS**

**PLAZA DEL GANADO, 6**

Frente al Café Nuevo

**GRANOLLERS**

Especialidad

EN LA

MEDIDA

*J. VIDAL Y JUMBERT*

**Fulls del meu album**

**PREU 2 PESETAS**

**PUNTS DE VENTA:** Feliu Estaper, Sumeras, 2  
Imprempta d'aquest periódic

**I M P R E N T A**

DE

**FRANCISCO CUCURELLA**

**CALLE DE CORRÓ, 9.- GRANOLLERS**

Impresiones de todas clases como tarjetas, sobres, papel para cartas, prospectos, facturas, talonarios, programas, menús, participaciones de casamiento y bautizo, esquelas de defunción, revistas, periódicos, etc.

Especialidad en trabajos á varias tintas.